

Es evidente, sin embargo, que si Sollers dio el patinazo de considerar a Bukowski como algo más que un cuentista de suplemento dominical, es porque el producto se vende perfectamente embalado. El paquete, lleno de filigranas, guiños ("me encanta Mahler"), parentescos, etcétera, no permite observar con limpieza la robusta moral, el temperamento senequista que se oculta bajo tanta belleza de plástico y neón. Y la cándida asunción del lenguaje pornográfico de los años setenta arreba-

ta al lector con debilidades políticas y una formación cultural construida básicamente con televisión, revistas quincenales y prensa de partido.

No quiere esto decir que Bukowski sea un inútil, literariamente hablando. Por el contrario, siempre que se le adscriba a su reserva (la frontera, el "western" urbano, el macho solitario, etcétera), Bukowski resulta excelente. Sustituye con ventaja a ese estafador llamado Miller o a cualquier representante de la extensa tradición de

relato corto creado por las revistas norteamericanas. Porque Bukowski es una creación industrial y no un producto del capricho. Razón por la cual puede sustituir a Scott, pero no a Poe o a Faulkner.

En su limitada artesanía, y al igual que esos maestros japoneses que dibujan un bosque de abetos, un lago y una bandada de ocas salvajes, todo de un trazo, tras intentarlo cincuenta años seguidos, Bukowski no tiene igual. Por eso es vivamente recomendable y sólo debe evi-

tarse que lo lean los niños. Es decir, aquellos que tienen una tendencia irresistible a hacer de sus héroes un modelo para todo el mundo. Ya los estoy oyendo: "La verdad es que este Bukowski funciona..." ■ FELIX DE AZUA.

"Medio ambiente y sociedad"

El sociólogo Juan Maestre Alfonso ha querido enmarcar la problemática que plantean los conflictos medioambientales en un contexto sociológico, es decir, en una casuística amplia, original, que permita encontrar las claves de los desequilibrios ecológicos o las disfunciones de la sociedad, evolucionada o no. Este es el propósito de **Medio ambiente y sociedad** (Ayuso, Temas Actuales), donde se ilustra, básicamente, la problemática sociológica, que crea conflictos o frustraciones ecológicas.

Por eso, la población, la explosión urbana, el cultivo de la pobreza, etcétera, acaparan en realidad la atención principal del análisis, como fenómenos que motivan. En realidad, la perspectiva ecológica es de por sí amplia y radical, no se limita nunca a marcos reducidos y siempre intenta encontrar las causas del desajuste. La ecología es una ciencia social, eminentemente política.

Pese a algún desconcierto inicial —se están sentando las bases de una nueva concepción de la sociedad—, el movimiento ecologista supone una interpretación global y puntual de los problemas del hombre y de su entorno, físico y social. La militancia, con la atención urgente a miles de problemas agobiantes que amenazan siempre porque presentan un carácter fatídico de irreversibilidad, no excluye la elaboración de alternativas más sobre bases de acción —políticas— que sobre la investigación de gabinete y erudita.

En **Medio ambiente y sociedad**, la avalancha de conceptos, definiciones e interpretaciones hacen relativamente prolja una obra que, por estar redactada sobre la base de conferencias y lecciones, presenta un matiz académico que evidencia una distancia con la praxis ecológica y ciertas insuficiencias de análisis de la realidad, eminentemente conflictiva. Se trata de un curso —o de varios— de sociología aplicada, en estilo docente y distante, a algunas expresiones de la degradación ecológica, que, desde luego, cuestiona radicalmente la sociedad que conocemos.

ADIOS A LAS LETRAS

MARINERO EN SIERRA

Carlos Barral es el rayo que no cesa, a pesar de que tiene buena memoria personal, como Gerald Brennan, pero en plan germanófilo.

Lo que une al editor catalán con el exiliado británico que vive en Andalucía es el afán literario de sus Memorias. Lo que los desune es la vocación editora de Barral. Brennan abandonó el Reino Unido luchando un poco contra aquella marea incesante de las reuniones librerías que se desarrollaban en el barrio de Bloomsbury.

Carlos Barral vuelve del mar con un proyecto editorial bajo el brazo y cuando se piensa que jamás volverá a pisar los hoteles de la tierra madrileña para contratar nueva obra novelesca de los jóvenes castellanos, loneses o extremeños, aparece de nuevo bajando con parsimonia y cierto cansancio las escaleras despintadas del Boccaccio, con algún manuscrito entre las manos.

Ya deben pesarle los manuscritos, porque ha dejado de editar tochos tan impresionantes como los que publicó cuando comenzó en solitario la batalla editorial, despojado de la Seix primitiva.

Ahora acaba de publicar los cuatro primeros títulos de su colección de novela corta. Carmen Martín Gaité (Las ataduras), Juan Carlos Onetti (Los adioses), Hugo von Hofmannsthal (Andreas o los unidos) y Flodor M. Dostoiévski (Memorias del subsuelo) son los protagonistas de esta serie mínima que comienza Carlos Barral a lanzar hacia la sierra, donde sus textos se han acogido siempre con honesta pasión.

Lo que va a pasar ahora entre los novelistas barralianos es que van a tener que adaptarse a un nuevo espacio. Antes Barral les llevó por la senda de la novela más bien mediana, textos medidos casi a la inglesa, de acuerdo con patrones editoriales que aconsejan cansar un poco, pero no demasiado, al lector. Ahora Barral los obliga a reconsiderar el espacio y les recuerda lo de Baltasar Gracián: si lo bueno es corto, dos veces legible.

Puedo imaginarme ya a Félix de Azúa, a Vicente Molina, al propio Alvaro Pombo de mis sueños, recuperando de las estanterías en las que se guardan los antiguos manuscritos breves



Carlos Barral.

aquellos textos que habían quedado allí por falta de editor de semejantes pequeñeces.

Está muy bien que Carlos Barral reivindique la novela enana, en una época en la que el personal vuelve a darse cuenta de que no sólo lo negro es maravilloso. Lo pequeño es sensacional, como dice el cortijero José Ramón Lasuen.

Para editar los textos largos se queda Jaime Salinas, el responsable literario de Alfaguara, que en el otoño inmediato nos traerá la voz y el gesto de Henry Miller envuelto en celuloide, porque el autor de los trópicos no abandona Big Sur ni siquiera para trasladarse a la sierra de Cuenca, que es adonde Alfaguara lleva a sus adquisiciones internacionales. A las nacionales las recluye en Boccaccio, que es como el Gijón de los años cincuenta, pero en plan mucho más caro, exquisito y teatral.

Los viajes hacia Barcelona van a ser ahora más descansados. No hará falta esperar semanas para conocer la opinión que Carlos Barral tiene de los manuscritos que se le ofrecen para su edición. El, que como todo marinero es un lector voraz y rápido, puede dejar en una mañana listo el juicio literario que le merece cualquier nuevo engendro.

El marinero Barral ha dado, pues, con la fórmula de estos tres años. Muerta la novela, según declan los agoreros, él la resucita en pequeño formato. No hay peces más vivos y felices que aquellos que son enanos, bien formados y escurridizos. ■ SILVESTRE CODAC.